

January 1980

Juan Pablo II Peregrino en Polonia

María Mercedes Torres Calvo

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Torres Calvo, M. M. (1980). Juan Pablo II Peregrino en Polonia. *Revista de la Universidad de La Salle*, (6), 78-84.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Juan Pablo II Peregrino en Polonia

Por: María Mercedes Torres Calvo

EL PAPA ANUNCIA SU VISITA A SU PATRIA.—

Desde el comienzo de su pontificado, Juan Pablo II habló de su viaje a Polonia, este deseo se hizo realidad en el lapso del dos al nueve de Junio del presente año, y es hoy ya un hecho histórico.

VARSOVIA

El viernes primero de Junio, Varsovia, la capital de Polonia, se encontraba preparada para recibir la visita del Sumo Pontífice, En el ambiente se captaba inmediatamente la intensidad con que la ciudad vivía el momento: la vía que conduce del aeropuerto internacional al centro de la ciudad vieja, lucía en los árboles y en los postes de la luz conjuntamente tres banderas: la blanca y roja de Polonia, la amarilla y blanca del Vaticano y la azul y blanca de la Virgen Madre de Dios. En las fachadas de las iglesias aparecían las mismas tres banderas, pero de tamaño colosal. En la Plaza de la Victoria había sido colocada una enorme cruz de 16 metros de altura, de la que pendía una majestuosa estola roja; a su lado, sobre una elevada plataforma, una mesa destinada como altar esperaba la concelebración del día siguiente en el corazón mismo de la República Popular de Polonia.

La tarde del viernes fue de intensa preparación espiritual de los fieles que en número extraordinario se dirigían a las diferentes iglesias para participar en las misas vespertinas. Durante casi toda la noche era difícil entrar en los templos donde se velaba a la Eucaristía y se atendían las confesiones en número verdaderamente notable.

El sábado 2, a las diez y diez minutos de la mañana aterrizó el avión de Alitalis que traía desde Roma a su tierra natal, al Papa Juan Pablo II, al que los polacos habían despedido como Cardenal Karol Wojtyla. En el aeropuerto se vivieron momentos de intensa emoción: en el más absoluto silencio, las lágrimas

de emoción en las mejillas de muchos, los pañuelos blancos al aire, todos esperaban a que se apagaran totalmente las turbinas y apareciera finalmente el Papa. . . el Papa polaco! .

Con paso lento, pero firme, subió la escalerilla del avión el Cardenal Stefan Wysynski, primado de Polonia, entró en el avión y permaneció a bordo de la nave con el Santo Padre por espacio de diez minutos.

Entre tanto el fervor subía entre la multitud aunque era el fervor silencioso que, como máximo tributo y homenaje, ofrecía la Polonia cristiana a su Papa. La emoción fue realmente incontenible cuando el Santo Padre apareció en la escalerilla del avión, con sus brazos levantados en esa actitud que ha sido siempre tan característica en este carismático conductor de multitudes. Al arrodillarse y besar su suelo patrio, la multitud lo aclamó por primera vez como héroe. Entonces representantes del gobierno comunista y miembros de la milicia se acercaron al Sumo Pontífice de la iglesia Católica para darle una protocolaria bienvenida.

A las cuatro de la tarde, el Papa acompañado por el Cardenal Primado, llegó a la Plaza de la Victoria y se dirigió hacia el monumento al Soldado Desconocido; allí, postrado de rodillas, Juan Pablo II oró unos minutos por las víctimas de la guerra; desde ese lugar, altar de la patria, partió la procesión de los concelebrantes, 100 presbíteros, doce obispos, el cardenal Wyszynski y el propio Papa. Durante el recorrido a pie Juan Pablo II sonreía, saludaba y bendecía a la gente congregada en la Plaza. Esta verdaderamente radiante y los aires natales transfiguraban su rostro. A su lado, la

figura severa y sobria del Primado demostraba toda la alegría y emoción del valiente luchador, del líder hombre de Dios, del guía espiritual del pueblo polaco quien mantiene pendientes las miradas de católicos y comunistas, de fieles y de rebeldes, En el transcurso de la liturgia las miradas del Papa y del Cardenal se cruzaron varias veces. Un periodista brasileño decía: "hoy ha sido el triunfo de Wyszynski; quien lo haya contemplado, jamás podrá negarlo."

La homilía del Papa sobre la historia del cristianismo en Polonia fue interrumpida varias veces por entusiastas aplausos: el Santo Padre se dirigía a Jesucristo como único camino y vía imprescindible para entender la historia de su patria. Más de medio millón de personas estuvieron presentes y el número de los que recibieron la Eucaristía sobrepasó los cálculos más optimistas, así que, terminada la Misa, muchos corrieron hacia las iglesias cercanas para recibir la Comunión que no habían logrado en la multitudinaria ceremonia de la Plaza de la Victoria.

El domingo 3, tuvo lugar el encuentro del Papa con la juventud; desde las cinco de la mañana desfilaban los muchachos organizados por las diferentes parroquias.

Más de 300.000 jóvenes en su mayoría estudiantes, unos portando pequeños crucifijos, y otros llevando cruces de madera blanca, colmaron la avenida Krakowskie Przedmiescie, desde la sede del Seminario hasta más allá de la iglesia de Santa Ana, donde se encuentra el centro de la vieja Varsovia.

A las siete de la mañana, en un pequeño helicóptero se trasladó Juan Pablo II, de la residencia del Primado

de Polonia a la plazoleta cercana al átrio de la Iglesia de Santa Ana, donde todo estaba ya dispuesto para la Eucaristía; varias veces los jóvenes interrumpieron la homilía del Papa con prolongados aplausos, y con el grito de respuesta afirmativa a sus palabras. "Queremos a Dios en nuestras aulas".

El Santo Padre se preguntaba el por qué de los aplausos dirigidos a él, y respondía que probablemente el Espíritu Santo quería que de ese modo también la gente hiciera su predicación junto con su Pastor.

"No es tan importante, añadía el Papa, la duración del aplauso, sino cuando se aplaude y por qué".

Y fue a este punto que, como si obedecieran a un guión predispuesto con sabiduría, miles de manos levantaron un crucifijo, mientras un joven decía al Papa: "Somos tu esperanza, cuenta con nosotros. . . No te abandonaremos. . . Muchos jefes han decidido guiar a la juventud, pero no son buenos jefes, son lobos en medio del rebaño. . . En ese momento se hizo evidente la separación que existe entre el país legal (o sea el régimen) y el real (el pueblo).

CZESTOCHOWA

El lunes 4, el Papa pasó a Czestochowa, las multitudes se apiñaron al rededor de Juan Pablo II, la comitiva papal fue practicamente asediada por las gentes. El Santo Padre se encaminó a Jasna Gora, el viejo santuario donde reside la imagen Negra de la Virgen Madre de Dios, Reina de Polonia.

El Papa parecía dialogar a solas con María, pero lo hacía en alta voz, con

voz fuerte y pausada se dirigía con indescriptible ternura a su Madre, Madre de Jesucristo, Madre de la Iglesia.

En esta pequeña ciudad las masas humanas se multiplicaban por minutos, por todas partes aparecía más y más gente. Muchos peregrinos provistos de colchonetas portátiles y típicos morrales se disponían a pasar la noche en las sacristías de las iglesias, en las galerías, pasillos y corredores de los conventos, que habían abierto sus puertas para albergar a los visitantes, que para esta ocasión habían invadido la pequeña población símbolo de la fe del pueblo polaco. La inmensa mayoría de las personas habían viajado en trenes soportando tres, cinco, siete ocho, y hasta diez horas de pie, ya que, el gobierno comunista se había negado a facilitar cualquier servicio extra de transporte.

CRACOVIA

El miércoles 6, a las ocho de la noche arrió el Papa Wojtyla, a la antigua y milenaria ciudad de Cracovia; toda la metrópoli es un gran museo y fue durante varios siglos la capital de Polonia.

Es imposible hablar de la llegada del Papa polaco a Cracovia, sin antes hacer mención de los acontecimientos, ya históricos, que enmarcaron su partida. A la muerte del Papa Luciani, ocurrida el 28 de septiembre de 1978, el entonces cardenal, Karol Wojtyla, en los primeros días de octubre abandonó la Curia Metropolitana de Cracovia, saliendo con destino a Roma, para participar en el conclave que elegiría un nuevo sucesor de San Pedro.

Los misteriosos designios de Dios recayeron esta vez sobre el cardenal po-

laco, obispo de Cracovia, Karol Wojtyla, quien asumió el sumo pontificado de la Iglesia Católica, con el nombre de Juan Pablo II.

El helicóptero que traía al Papa Wojtyla de Czestochowa a Cracovia, aterrizó en el campo Blonia Krakowskie. Las multitudes eran realmente incontenibles, el conglomerado humano se presentaba asfixiante, más de un centenar de seminaristas con sotana negra y roquete blanco trataban de mantener el orden público, lazos, bardas, verjas metálicas, resultaban ineficaces y ridículos; las muchedumbres se abalanzaban, cantando viejos himnos polacos, palmo-teando, aplaudiendo, mientras trataban de secarse las lágrimas, **que afluían copiosamente y sin parar por sus mejillas.**

Después de recorrer las calles de la ciudad igualmente atestadas de gentes y de hacer una pequeña pausa en la Catedral Metropolitana de Wawel, el sumo pontífice entró en su antigua sede episcopal, mientras las multitudes cantaban entusiasmadas: "Niech zyje Papiez, Niech zyje Papieza Jana Pawla II."

El Papa apareció en el balcón central del palacio a las doce y quince minutos de la media noche, las gentes embargadas por la intensa emoción y sin poder contener el llanto, todos a una querían hablar, dialogar con su Papa, a gritos le preguntaban por Roma, por México, con gran afecto y singular ternura. El Papa recordó brevemente su visita a México haciendo especial mención del estribillo: Viva el Papa, ra . . . ra . . . ra . . . Después rezó el Padre Nuestro, el Ave María, impartió la bendición y añadió con su simpatía característica: "Vamos todos a dormir".

El jueves 7, desde muy tempranas horas, las gentes acudieron a la residencia episcopal, llevando ramos de flores que iban depositando en derredor de los muros y en las ventanas más bajas del edificio, y preguntaban a los presbíteros y seminaristas que hacían guardia en la Curia Metropolitana, si el Papa había dormido, si había comido, si ya se había levantado...? Mientras otros muchos esperaban de pié, frente a la puerta, para poder ver a Juan Pablo II cuando saliera para Kalwaria.

KALWARIA

Kalwaria o Calvario llaman los polacos al campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, el monumento al inmortal pecado, el museo del odio, en ese lugar en donde se reconcentró el odio, allí resurgió fuerte y eficaz el amor de Jesucristo, allí ofreció su vida el padre franciscano Maximiliano María Kolbe, sacerdote que por salvar la vida de un padre de familia, murió atrozmente torturado por el hambre y la sed.

En Kalwaria esperaban a Juan Pablo II más de millón y medio de personas sumergidas en el más absoluto silencio. El altar preparado para la Eucaristía estaba rematado por una Cruz, con una corona de espinas de enormes púas; a los lados del altar flotaban en el aire flotaban banderas de franjas azules y blancas, como recuerdo del uniforme de los prisioneros de ese lugar de exterminio.

En este campo de brutal barbarie y sádica ignominia, se escuchó la voz del Papa, fuerte y vibrante pero entrecortada por la emoción. Juan Pablo II, el Papa polaco, habló como testigo de los crímenes de la segunda guerra mundial,

oró por los seis millones de víctimas polacas, por los Judíos y por los rusos sacrificados en la furiosa y absurda hecatombe.

Bajó a la celda, donde murió mártir por vivir heroicamente el amor cristiano, el padre Kolbe, allí, el Papa oró unos minutos postrado en el suelo y depositó un ramo de flores.

Juan Pablo II regresó a Cracovia en las horas de la tarde, y como el día anterior a eso de la media noche, se hizo presente en el balcón de la Curia Metropolitana, cuando le acercaron el micrófono dijo: "Yo no voy a hacer ningún discurso. . ." y continuó, "solo quiero verlos, y decirles que aquí está el Papa (tat Papież) y rezar con ustedes el Padrenuestro, el Ave María y decirles a todos que se vayan a dormir y nada más."

WADOWICE

En la mañana del viernes 8 de junio, el Papa abordó el helicóptero que lo condujo a su pequeña ciudad natal de Wadowice, situada a 25 kilómetros de Cracovia, las multitudes incansables lo acompañaron hasta el helipuerto en el campo de Blonia, a pesar del fuerte aguacero que esa mañana caía sobre la ciudad.

Wadowice era físicamente impenetrable, las gentes se agolpaban, se abarrotaban unas sobre otras, era curioso ver los grupos de viejecitas y viejecitos. Cuando llegó el Papa Wojtyla, las campanas repicaban en señal de júbilo, Wadowice reaccionaba a la llegada de su Papa, con una explosión unánime de alegría.

El padre Edward Zaher, párroco de la Iglesia de la Virgen María en Wadowice, de 78 años de edad y aspecto jo-

vial, fue después de sus padres el primer catequista, el primer maestro en la fe de Karol Wojtyla, el viejo párroco saludó al Papa con las mismas palabras que el lunes 16 de octubre de 1978, el cardenal Felici anunció al mundo entero, la elección del eminentísimo señor cardenal Karol Wojtyla, el 264 Papa de la Iglesia Católica, que asumió el nombre de Juan Pablo II. "Os anuncio un inmenso gozo, tenemos Papa", dijo el padre Zaher, y el primer Papa polaco y el anciano párroco de Wadowice se estrecharon en el más efusivo de los abrazos.

Juan Pablo II se encaminó hacia la pila bautismal en la que fue bautizado el 20 de junio de 1.920. Allí el Papa con signos y con palabras centró vivamente toda su atención en el sacramento del bautismo, dando relieve, esplendor y máxima importancia a la recepción del sacramento; a continuación, el Papa introdujo lentamente su cabeza en la fuente bautismal, a la que besó varias y prolongadas veces, daba la impresión de que no quería retirarse de la pila, después de unos minutos levantó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas hizo memoria de sus padres.

Para concluir su peregrinación a Wadowice, el Papa visitó el cementerio militar que se halla en el camino hacia Cracovia, allí oró de rodillas frente a la tumba de sus padres y hermano. A su regreso de Wadowice, en la tarde del viernes 8 de junio el Papa asistió en Cracovia a un encuentro con la juventud.

SAN ESTANISLAO

Más de medio millón de jóvenes se dieron cita en el campo denominado Caucasia, también estaban presentes

muchos profesores y toda clase de estudiosos de más edad. La juventud ofreció a Juan Pablo II una representación al aire libre de la vida y muerte del mártir obispo de Cracovia San Estanislao, muerto el año 1.079. El obispo que se había enfrentado valerosamente al rey Boleslao, murió degollado mientras celebraba la Eucaristía.

En el sector norte del campo había sido colocada una inmensa reproducción de la Virgen Negra de Czestochowa y hacia la derecha del cuadro, se encontraba la plataforma con la tribuna para el Santo Padre. Así que, terminada la representación, el Papa se dirigió hacia la imagen de la Virgen y encendió nueve velas, símbolo del noveno centenario de la muerte de San Estanislao, la encendida de cada vela fue acompañada de frenéticos aplausos y prolongados gritos de: Niech zyje Papież!

Avanzada la tarde Juan Pablo II se dirigió a la juventud, el Papa se presentó en esta ocasión como el antiguo sucesor del obispo San Estanislao y por designio inescrutable y misterioso de Dios como el actual sucesor de San Pedro. Esa noche, los jóvenes no querían separarse del Papa, la única y unánime petición era: Quédate más. . . hablanos más . . . no te vayas . . .

Al son de guitarras, cantos y aplausos, los jóvenes acompañaron el automóvil que conducía a Juan Pablo II a su residencia, y allí continuaron hasta más allá de la media noche. Cinco veces se asomó el Papa al balcón de la Curia Metropolitana, la última vez con entrañable ternura preguntó: "ustedes no tienen sueño?" y añadió con encantadora sencillez: "Yo sí". Era la una de la madrugada del sábado nueve de

junio, entonces, los jóvenes en silencio, después de mandar millares de besos a su Papa, desfilaban como en procesión hacia las iglesias cercanas, y en oración permanecieron hasta la salida del sol.

La mañana del sábado 9 de junio la dedicó el Santo Padre a los enfermos, se acercó a cada uno en particular, y con impresionante devoción y afecto los fue besando, abrazando y bendiciendo. En la tarde Juan Pablo II instaló la Conferencia del Episcopado de la Iglesia del Silencio, de la Iglesia que está en los países que se encuentran bajo el régimen de la denominada Cortina de Hierro.

Esa noche como las anteriores, las multitudes se dieron cita en la avenida frente al edificio de la sede episcopal, pero esta vez no acudió Juan Pablo II al balcón, sólo se escuchó su voz por los parlantes, con voz fuerte y firme pero entrecortada por la emoción dijo: "Polacos, amen mucho a Jesucristo. Polacos rueguen mucho a María, Madre de Jesucristo, Madre de la Iglesia, Reina de Polonia". Y después de unos instantes tratando de sobreponerse a la intensa emoción, continuó: "Polacos siempre, fieles" Entonces, las gentes, sus gentes de Cracovia, profundamente conmovidas, se fueron retirando poco a poco en silencio.

DESPEDIDA

Al día siguiente, domingo 10 de junio, último día de la peregrinación de Juan Pablo II en Polonia, desde las cinco de la mañana las gentes se dirigían a pie hacia el campo Blonia Krakowskie, ese día parecía que el conglomerado humano se había multiplicado geométricamente, eran nu-

bes de masas humanas, no se divisaba espacio por ninguna parte, parecía que toda la católica Polonia se había dado cita ese día, para rendir el más grandioso homenaje a su Papa polaco, cerca de tres millones de fieles se congregaron en la explanada.

A las diez de la mañana estando el campo totalmente colmado, llegó el Vicario de Jesucristo, el Papa Wojtyla, el Pontífice que posee el singular carisma de atraer, de congregar el rebaño de los hijos de Dios, el buen pastor, el padre querido, amado y aclamado.

Mientras hacía su entrada Juan Pablo II, un inmenso globo con los colores de la bandera vaticana fue lanzado al espacio, el globo arrastraba por los aires el escudo y la bandera de Polonia. Una vez más las muchedumbres derramando abundantes lágrimas y con la mirada fija en el Papa Wojtyla, no dejaban de contemplar el colosal globo que se desplazaba hacia lo alto, al tiempo que agitaban en sus manos una nube de pañuelos blancos.

En actitud de profundo respeto, de pie, bajo los rayos de un implacable sol de verano, las gentes escucharon el último discurso, la homilía de clausura de la peregrinación de Juan Pablo II en Polonia. El Papa hizo re-

ferencia a su insigne predecesor en el episcopado de Cracovia, el obispo mártir San Estanislao, asesinado por defender la libertad de la fe, la libertad de la Iglesia de Jesucristo, el año 1.079. Las palabras del Papa fueron interrumpidas varias veces por prolongados aplausos y gritos de adhesión al Sumo Pontífice. La gran mayoría de los asistentes recibió la Eucaristía y de rodillas embargados por la profunda emoción, y dejando correr abundantes lágrimas, esperaron la bendición del Papa Wojtyla, Juan Pablo II visiblemente conmovido, abandonó la explanada, para dirigirse por última vez a la sede de la Curia Metropolitana, de donde partió una hora más tarde con rumbo al aeropuerto, para tomar el avión de regreso a Roma.

Los asistentes a la Concelebración Eucarística se desplazaron rápidamente para formar una nutrida calle de honor, desde la residencia Episcopal hasta el aeropuerto; en el suelo de la vía fueron colocadas flores de vivos colores que formaban una bella alfombra natural.

Juan Pablo II sin volver la cara atrás, abordó el avión y abandonó físicamente a Polonia, dejando en los corazones de los que lo siguieron en su peregrinación, atizando el fuego del EVANGELIO!